

San Pedro Nolasco y la Virgen de la Merced



SAN PEDRO NOLASCO Y LA VIRGEN DE LA MERCED

por
Rafael-María López-Melús, carmelita

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla**



Tiempos duros: Siglos XII y XIII

Los siglos XII y XIII fueron muy difíciles para todos.

Había señores muy ricos que se llamaban “feudales” y eran dueños de enormes posesiones. A veces hasta de pueblos enteros. Los demás eran sus criados y hasta pasaban hambre.

El pueblo bajo, simple y sencillo, sufría mucho. A veces se agrupaban y formaban los “gremios”. Luchaban contra los monarcas o señores feudales y abundaban las “guerrillas”.

A estos males había que añadir las “guerras de religión” pues los musulmanes o árabes hacía varios siglos que habían invadido nuestra patria y luchaban por apoderarse de toda ella.

Pero no faltaron nunca desde el martirio de San Hermenegildo —que es cuando se hizo católica toda nuestra Patria—, valientes seguidores de Jesucristo que lucharon contra la morisma y contra todos los enemigos del Dios verdadero.

A estos siglos y siguientes se les llama como “edad de Caballería”. Es decir, el tiempo en que surgen hombres valientes del seno de familias sanas y creyentes que luchan por defender los derechos de Dios e imploraban la justicia de los hombres.

Uno de estos grandes “Andantes de Dios”, que sabrá jugárselo todo por El será el joven protagonista de esta subyugadora historia.



Un joven cualquiera: Pedro Nolasco

Es una pena que a veces las vidas de los Santos los pintan como “que ya nacieron santos”. No es cierto. Los santos eran flacos y débiles como nosotros. Se hicieron santos porque supieron colaborar con la gracia que el cielo les regaló.

Del nacimiento y niñez y juventud del protagonista de esta historia sabemos muy poco. Ni siquiera con exactitud la fecha ni el pueblo donde nació.

Para algunos es oriundo de un pueblecito cerca de Barcelona —que parece lo más probable—. Otros dicen que nació en un pueblecito del Sur de Francia, cerca de España.

Parece nació por el 1180. Sus padres eran sencillos cristianos. Pero muy pronto los perdió y alguien se encargó de su educación.

Dos virtudes se vislumbraban en su alma desde niño: la caridad y la humildad.

Gozaba de entregar a los pobres cuanto tenía y a veces hasta su propia ropa y comida.

Por otra parte era alegre, vivaracho y tenía muchos amigos.

Consta que en los albores del siglo XIII se encuentra en Barcelona dedicado al comercio con jóvenes de su edad.

Que era de espíritu abierto y entendía mucho de negocios, no hay duda, como lo demostrará su vida posterior.



Dios lo quiere para sí

De sus andanzas por Barcelona sabemos poco. Parece que surca el mar Mediterráneo llevando y trayendo mercancías.

En sus correrías comerciales ve mucha miseria y muchas injusticias. Pronto aquel gran corazón queda cautivado por los dolores de los hombres, mujeres, jóvenes y niños con que se encuentra y piensa:

“¿Qué podría hacer para mitigar tanto dolor y para acabar con tanta injusticia?”

Sobre todo le dolía ver a tantos que habían apostatado de la fe cristiana y se habían pasado a la secta de Mahoma.

También laceraba su grande y sensible corazón aquellos cristianos cautivos que habían caído en las garras de los árabes sufriendo tan malos tratos y con peligros de perder la fe...

Todo esto se lo hacía ir viendo el Señor para que fuera madurando su corazón...

Es una gran verdad que el Señor “llama” a quien quiere y cuando quiere.

Así lo hizo en el Antiguo y en el Nuevo Testamento con los Profetas y Apóstoles y en los dos mil años que cuenta la historia de la Iglesia con todos los hombres y mujeres que ha llamado a una vida de mayor generosidad y entrega.

Así iba “llamando”, poco a poco, al joven Pedro Nolasco para la gran empresa que le tenía preparada.

La naturaleza no hace “saltos”. Normalmente Dios tampoco.



Tres hombres para una gran empresa

La amistad es un gran don. La Biblia —que es la Palabra de Dios— dice “quien encuentra un buen amigo ha encontrado el mejor tesoro”.

Pero Nolasco siempre tuvo muchos amigos y después muchos seguidores.

Pensemos ahora en los planes de Dios y de su Madre la Virgen María.

Ellos quieren dar la vida en la Iglesia a su gran Instituto y para ello unen estrechamente las almas y los corazones de tres grandes hombres:

Pedro Nolasco —protagonista principal.

San Raimundo de Peñaafort, —jurista de fama y confesor de Pedro Nolasco.

Y el rey de Aragón D. Jaime I.

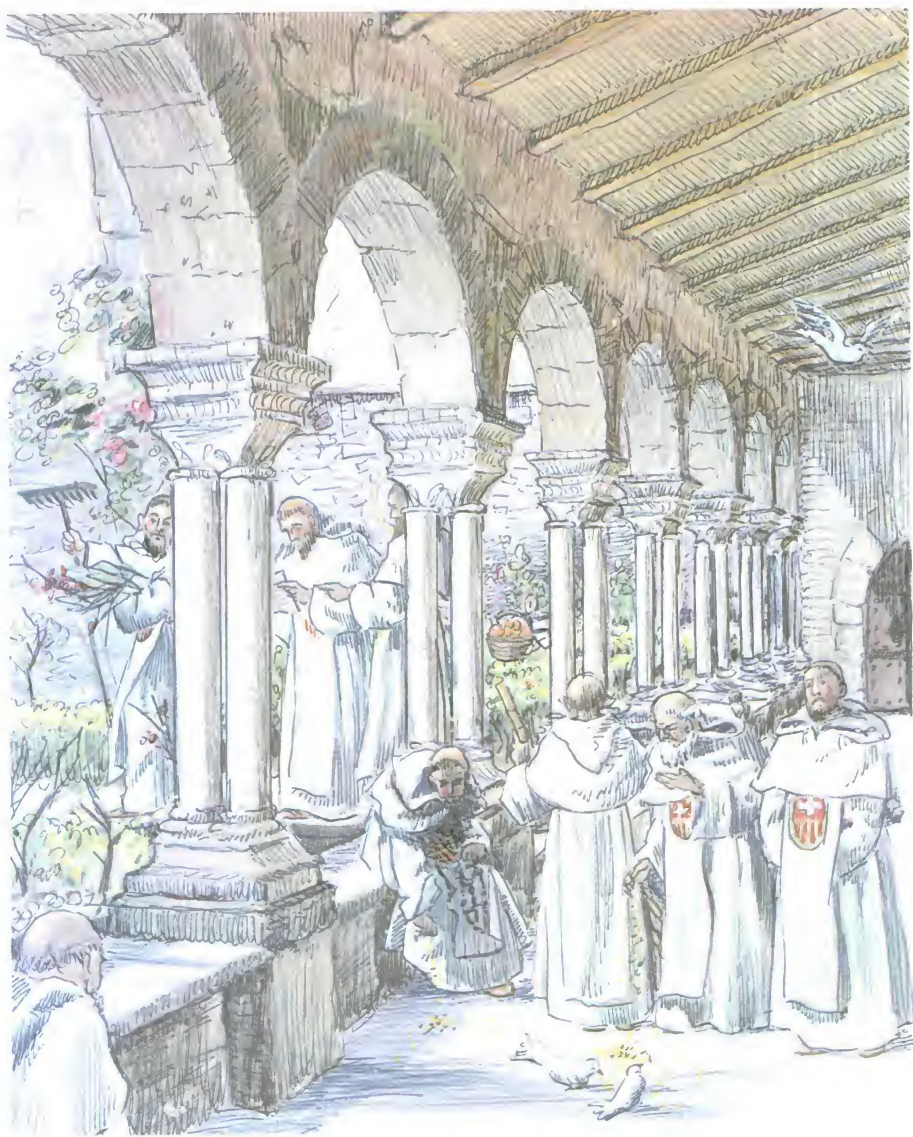
La empresa que estos tres ilustres caballeros han meditado muchas veces juntos y se han percatado de que era urgente y de la mayor honra y gloria de Dios y bien de sus hermanos los hombres era ésta:

La gran cantidad de apóstatas de la fe, y el enorme número de cautivos que cada día caen en manos de los sarracenos con peligros de malos tratos y pérdida de la fe.

“Es necesario poner remedio a tanto mal”, dice este triunvirato maravilloso.

Sí, pero ¿cómo?

Por más vueltas y vueltas, que dan al asunto no saben qué camino tomar. No ven claro, lo que se debe hacer... Por dónde y cómo comenzar...



La Virgen de la Merced

Pedro Nolasco amaba mucho a la Santísima Virgen. Te lo contaré brevemente más adelante. Por ello fue Ella, la Madre de Misericordia, quien vino en ayuda para sacar de sus apuros y dar luz a los propósitos de Pedro y sus compañeros.

La madrugada del dos de agosto de 1218 se le apareció la Santísima Virgen rodeada de Angeles y Santos y le dijo:

“Es voluntad de mi Santísimo Hijo y Mía fundes en el mundo una Orden que en mi honor deberá llamarse ORDEN DE LA VIRGEN MARIA DE LA MERCED DE LA REDENCION DE LOS CAUTIVOS.

El Hábito será blanco en honor a mi pureza, en el pecho llevará una cruz roja en recuerdo de mi Hijo y el escudo del Rey al que sirves.”

Alguien ha versificado así las palabras de María:

Fundad una religión
con hábito blanco y puro
que sea defensa y muro
de la española nación;
de cautivos redención,
y de la Iglesia columna
en esta adversa fortuna
del francés y el español.

Esa misma noche se aparece también la Virgen de la Merced a Raimundo de Peñafort y al rey Jaime I.

La voluntad del cielo no puede estar más clara.



La Orden de la Merced

Era Ella, la Stma. Virgen de la Misericordia, que desde ahora se llamará la Virgen de la Merced y por influencia de América española “La Virgen de las Mercedes” quien vino a remediar tanto mal.

Pero... ¿será algo momentáneo y sólo para entonces o más bien habrá continuidad y será aquel el primer eslabón de una larga —ininterrumpida y eterna— cadena?

El 10 de agosto del mismo año 1218 se funda la Orden en el Hospital de Santa Eulalia, de Barcelona, bajo la Regla de San Agustín.

El Rey Jaime I acude a la fundación y da al joven las Armas de ARAGON, el Obispo Berenguer de Palau le da la cruz y San Raimundo le entrega el hábito y el libro de la Regla.

Además de los tres Votos religiosos hacen aquellos nuevos religiosos ante la Virgen un cuarto Voto:

“Se quedarán si es preciso, en rehenes hasta la muerte por redimir a sus hermanos cautivos.”

El joven Fundador —Pedro Nolasco— permanece de rodillas como en éxtasis; está oyendo una voz desde el cielo que le dice:

“No temas a nada ni a nadie pequeñito rebaño.”

La milicia está ya en marcha. Los frailes, caballeros como Nolasco, lucen inmaculadas túnicas. Sobre sus pechos agueridos campeará luego el escudo de atletas: cruz blanca de la catedral de Barcelona, barras de Aragón.

Caminan decididos, heroicos, con gesto humilde. Bajo las alas, siempre protectoras y maternas, de la Santísima Virgen de la Merced, con el sincero apoyo de Jaime el Conquistador.

Gregorio IX, desde Perusa, a 17 de enero de 1235, les da el espaldarazo de la confirmación canónica.



La misericordia de Cristo

Tres años antes de la fundación de la Orden —1215— se había celebrado el IV Concilio de Letrán. Allí se había hablado muy profundamente de la Stma. Trinidad y especialmente de Jesucristo.

Nolasco tenía muy metida en su alma la “Misericordia” que Jesucristo tiene para con todos nosotros los hombres pobres pecadores.

La obra de la Redención que Cristo había realizado con toda la humanidad querría continuarla Pedro por medio de su Obra Mercedaria.

La figura y la obra del Divino Redentor, Jesús, son las que iluminan las páginas del “testamento espiritual de San Pedro Nolasco”.

La imitación de Jesucristo Redentor, en cuanto Redentor, debe ser considerada, como el jefe de la espiritualidad de San Pedro Nolasco.

Bien pudieron llamar a Nolasco “servidor y enviado” de la Trinidad Beatísima para fundar y adelantar la Orden ideada por Dios para redimir cautivos y cristianos.

Los misterios de su vida y el mejor retrato de San Pedro Nolasco nos lo da la tradicional estampa del fundador, Pedro Nolasco, arrodillado y extasiado ante la imagen de su modelo, clavado en la cruz.

Ella expresa mejor que cien discursos la conciencia que tuvieron siempre los mercedarios de que la base y el fundamento de la espiritualidad del Fundador de la Orden de la Merced fue la imitación de las actitudes de Jesucristo Redentor, en cuanto Redentor.



Alma de oración y penitencia

Ya desde niño y joven vivió ambas virtudes cristianas.

Al fundar la Orden de la Merced las tomó como piedras basilares del edificio que intentaba levantar.

Pedro Nolasco practicó intensamente el ejercicio de la Oración, como trato de amistad con el Padre de la Misericordia.

No se contentó con ser él alma de oración sino que inculcó a sus seguidores el espíritu de oración y la oración misma, creando una milicia singular en la que se oraba sin intermisión y en la que redimía cautivos y atendía a los pobres con heroicidad.

En cuanto a la mortificación y penitencia no la vivió menos. El fue y quiso que fueran sus hijos ejemplos vivientes de austeridad y frugalidad de la vida, y esto no tanto por someter su cuerpo a la obediencia del espíritu cuanto mejor por servir a la redención de cautivos y a los pobres.

Así, la vida mortificada, permitía unos ahorros que irían a engrosar los caudeles de la redención. Esto era para los fieles una garantía del buen uso de las limosnas. Así podía soportar sin sonrojo la mirada inquisidora y maliciosa del sensualismo musulmán.

En ese marco de austeridad y mortificación redentoras, por más asemejarse a Jesucristo Redentor —célibe y obediente hasta la muerte de cruz—, el redentor de los cautivos. Pedro Nolasco, encuadró su renuncia personal a la voluntad propia, por el voto de obediencia y su renuncia al amor conyugal, por el voto de castidad.



Las virtudes teologales

La fe, la esperanza y la caridad, son las virtudes principales de la vida cristiana porque nos unen con Dios.

La más importante de las tres es la caridad porque será la única que permanecerá en el cielo.

Las tres fueron camino, luz y guía de Pedro Nolasco a lo largo de toda su vida.

Pedro Nolasco enseñó a sus mercedarios que deberían acometer la empresa de VISITAR Y LIBERAR a los cautivos cristianos “en razón de la FE de Jesucristo, con la esperanza de la salvación eterna e impulsados por la verdadera CARIDAD de Jesucristo”.

Es cierto que en tiempos de Pedro Nolasco ya había otros Institutos que se dedicaban a obras de caridad pero él quiso infundirle al suyo —por inspiración divina— un fuego y carisma totalmente nuevos.

Para mejor vivir las tres virtudes teologales —en teoría y en la práctica especialmente— ordenó que se hiciera en su Orden el VOTO DE REDENCION que obligaba a todos los frailes, “como hijos de verdadera obediencia, a estar siempre alegremente dispuestos a entregar la vida por los cautivos, —si fuere preciso para salvar la Fe— igual que Jesucristo la entregó por nosotros”.

Fue la caridad misericordiosa lo que imprimió en el corazón de San Pedro Nolasco como sello indeleble del Dios, Padre de la Misericordia y Dios de todo consuelo y dador de alivio en toda tribulación que por su gran misericordia envió a su Hijo a este mundo.

La caridad más grande, que da la libertad y la vida por el desgraciado, fue como la impronta visible de la invisible Trinidad en aquel catalán de cuna y de sentimientos, que olvidándose de sí mismo sólo vivía para Dios y para sus hermanos.



Tierno amor a María

La Santísima Virgen María siempre había sido su Madre desde niño. Capitana desde que fue joven y soldado y su Dama y Señora desde que se arrodilló ante su imagen en Montserrat y se había consagrado a su amor y a su servicio.

Todo este amor cristiano subió a muy altas cotas desde que en una noche de agosto de 1218 se le apareció y colmó de dones encomendándole una gran empresa para gloria de su Hijo y bien de sus hermanos los hombres.

La devoción profunda y entrañable de Pedro Nolasco a la Madre de Dios Redentor y de los redimidos, se manifiesta en varios detalles que de la vida y obra del fundador nos conservaron sus compañeros y testigos, en forma de bellísimas tradiciones orales o de preceptos escritos en las “Constituciones”.

El punto de arranque de la entrañable devoción y filial amor que sienten hacia la Stma. Virgen María habría que buscarlo en el que su Santo Fundador vivió y supo imprimir en las primeras Constituciones y en sus fiestas marianas, oraciones marianas, iglesias a Ella dedicadas, etc... es algo que se encuentra en los siete siglos y medio que cuentan de historia.

La tradición presenta la vida de Pedro Nolasco llena de íntimas y frecuentes visitas de la Virgen:

—La Virgen orante, en el Coro de la Iglesia del convento de Barcelona.

—Cuando el santo viejo vio a la Reina de los cielos, sentada en la silla prioral, dirigiendo el rezo de Maitines que recitaban con Ella los ángeles del Señor.

Y en muchas otras ocasiones...



El tránsito de un batallador

La Obra de Pedro Nolasco, bendecida por el cielo y amparada por los cristianos, se extendió de modo prodigioso.

El mismo hizo muchas fundaciones por toda la geografía nacional.

Llega hasta Argel, tierra de moros. Rescata a centenares y miles de cristianos de las mazmorras de los sarracenos. Estos, por temor a ser convertidos a la fe de Cristo como algunos de sus compañeros, cierran la boca del Santo con cadena de hierro hasta que sus compañeros vuelvan con el rescate.

En 1248 asiste al asedio y conquista de Sevilla. Más de 3.000 cristianos cautivos fueron liberados y recomendado por el Santo Rey de Castilla, fue a Granada y redimió 204 cristianos cautivos.

Bien podemos afirmar que no hay páginas más hermosas, después de las del Evangelio, como las que Nolasco escribió con la sangre propia y la de sus hijos, en los anales de la caridad cristiana.

Las fuerzas de Nolasco se debilitan de día en día. La misión que la Divina Providencia le encomendó ya está encauzada. Puede morir tranquilo.

Parece que fue el gran día de la Ascensión, 13 de mayo de 1249, cuando murió partió de este mundo a la eternidad.

En cuanto murió fue venerado como Santo. En 1628 el Papa Urbano VIII reconocía oficialmente su culto inmemorial.

Desde siempre y hasta hoy:

—La historia le ha venerado como a Héroe.

—La sociedad le ha contado como un Bienhechor insigne.

—La Iglesia le ha honrado como a un gran Santo.

—Las múltiples ramas de Mercedarios como a Padre.

—Los cautivos y menesterosos como a su valioso Protector.

¿Qué nos dice hoy la Virgen y Orden de la Merced?

Alguien ha dicho muy acertadamente que “los Santos son mucho más valiosos para la humanidad después de su muerte que cuando viven”.

San Pedro Nolasco hizo un gran bien en su vida y este bien lo viene haciendo desde hace cerca de ocho siglos por medio de sus hijos. Y aún más que él pues son muchos hombres y mujeres los que embellecen a la Iglesia de Dios con el aroma de sus virtudes.

¿No son acaso muchos los religiosos varones y muchas las ramas femeninas, cargadas de frutos riquísimos, en que el olivo de la merced proliferó: las monjas mercedarias de clausura, las mercedarias misioneras, las hermanas mercedarias de la caridad, las mercedarias del Santísimo Sacramento, etcétera...?

¿Tienen algo que decir los mercedarios al mundo de hoy?
—Sí, ya lo creo.

La obra soñada por Nolasco fue esta: “Que la Obra de misericordia, la más candente del momento actual (en tiempo de Nolasco era la redención de cautivos, en el curso de los tiempos serán otras), fuera afrontada de modo heroico, con el espíritu del cuarto voto mercedario”.

No es la redención de cautivos, la exclusiva razón de ser de la Merced. Demasiado gigante fue su fundador para dejarse aprisionar en las cadenas de lo transitorio; él, que rompiera tantas cadenas de esclavos.

La permanencia siempre actual de las obras de misericordia, realizadas a la manera esforzada de Cristo, como Redentor, fue su meta y quiso que fuera el programa de sus hijos.

ISBN: 84-7656-125-3



9 788476 561256